



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IX – Jaque al rey de Roma

23 – Al rey Federico le tiran de los bigotes

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 23 ~ Al rey Federico le tiran de los bigotes



“Tras la entrevista con el sultán El-Zâher Baïbars, Mejleptor, el patriarca de Deir El-Tor, abandona El Cairo para dar cuenta de sus negociaciones a los otros patriarcas y frailes expulsados de sus conventos por el sultán, y que le esperan en el Convento de las Estatuas. Allí, Mejleptor les comunica que debe ir a Roma. Luego, el narrador nos relata la llegada del monje a Roma, y de cómo Mejleptor consigue llegar hasta el babb Federico. El anciano monje, tras escuchar las razones que el babb le expone para declarar la guerra al rey de los musulmanes, le comienza a interrogar por la forma en que ha llevado a cabo la investigación de los hechos denunciados por las mujeres de los siete reyes y la esposa e hija de Yauán, y le obliga a Federico a reconocer sus errores al no haber comprobado la veracidad de los testigos. A partir de aquí, se desencadenan las actuaciones más insólitas e hilarantes: un viejo monje agarrado a los mostachos de un emperador, y una paliza a base de babuchazos en la cabeza, sirven de estimulante al pobre Federico, para seguir al pie de la letra los dictados del anciano e iracundo patriarca Mejleptor...”



Mejleptor salió de la sala del Consejo del sultán, tras dedicarle nuevamente una profunda reverencia.

– ¿Habéis visto? –afirmó ante los monjes que le acompañaban–. ¡Por mi religión; todas nuestras desgracias nos vienen por culpa de Yauán, y no se le puede reprochar nada al *rey*!

Ese mismo día, Mejleptor abandonó El Cairo y regresó al Convento de las Estatuas. A su llegada, Aflantín, Afriún y todos los monjes fueron a su encuentro; lo escoltaron hasta el convento, y, cuando se hubo sentado cómodamente, comenzaron a preguntarle.

– A ver, *abbone* ¿Cómo ha ido tu audiencia con el *rey*?

– Por mi religión, *ghandars*, en este asunto, el rey no ha cometido ningún abuso ni injusticia alguna. Podéis dar gracias a Cristo de que yo haya consentido en ir allí y pedirle

una audiencia: ¡él ha jurado que, si Federico pone un pie en sus tierras, arrasará todos los lugares de culto y transformará el Santo Sepulcro en una fuente de abluciones para los fieles de la mezquita de El-Aqsa!

Resumiendo, que Mejleptor les narró con todo lujo de detalles el encuentro que había tenido con el sultán, insistiendo sobre todo en los daños causados por Yauán.

– Tienes razón, *abbone*, el único culpable de todo este asunto es Yauán. De hecho, él no es más que un renegado y un siembra zizañas. Por desgracia, goza de mucho crédito entre los reyes francos, que le respetan en recuerdo de su tío Yerassimón¹. Bien, pero ahora, cómo saldremos de este mal paso, *abbone*?

– Me parece evidente: yendo a Roma. A tal efecto, váis a redactarme una petición, que firmaréis todos con vuestro nombre y sellaréis con vuestro sello, y en la que habréis de exponer la situación. ¡Yo mismo iré a entregársela personalmente a Federico, y me comprometo a disuadirle de su proyecto, a golpe de babucha si hace falta!

– Pero, *abbone*, ¡tú también pretendes ir a Roma! –exclamaron los monjes– Es un viaje muy duro y peligroso...

– ¡Qué le vamos a hacer! Estoy dispuesto a sacrificarme por el bien de todos.

– ¡Gracias, *abbone*, gracias! –exclamaron arrojándose a sus pies– ¡Ojalá que Dios acorte nuestra vida para alargar la tuya!

Así que redactaron la petición, que sellaron y firmaron todos los monjes, y se la entregaron a Mejleptor quien, montándose de nuevo en su burra, se puso en marcha; rechazando todas las ofertas, se negó a llevar a ningún compañero, y partió solo. En cuanto llegó a Yaffa, embarcó en un navío que se dirigía a Roma. En cada escala, visitaba al *babb* del país, que, por supuesto, le recibía con las mayores atenciones, y tras interesarse por el motivo de su viaje, le ofrecía hospitalidad en su palacio. El viejo monje les contaba entonces todo el asunto y presentaba su petición al rey, que la firmaba y sellaba; haciendo la misma operación con los superiores de los conventos que iba encontrando en su camino.

Transcurridos bastantes días, llegaron por fin a su destino; el navío echó el ancla en el puerto, y el *capetan* ordenó disparar una salva de honor. Los monjes y los patriarcas de Roma, al saber de la llegada de Mejleptor, fueron a recibirle con toda la pompa del mundo: una inmensa procesión de curas, diáconos, prelados y religiosos de todo tipo, blandiendo crucifijos de plata y balanceando incensarios de oro, salió de la ciudad y se presentó en el puerto, que estaba a cinco horas de marcha desde Roma.

Mientras Mejleptor hacía este recorrido, observó un campamento gigantesco, que se extendía a lo largo de ese camino, abrigando un ejército más numeroso que una nube de

¹ Ver *La traición de los emires*.

langostas. Tiendas, pabellones y barracones se extendían hasta perderse de vista, y por todas partes solo se veían soldados maniobrando y ejercitándose en la lucha.

– ¿Así que es verdad lo que me habían dicho? –preguntó a los monjes que le rodeaban– ¿Qué ese *marfús* de Federico de verdad tiene la intención de invadir el país de los musulmanes? ¡Por mi religión, que le voy a quebrar el *shinyâr* y ha cortarle su *zonnâr*¹! – Entonces, Mejleptor les refirió las fechorías de Yauán.

– *Abbone*, tú estás en mejor posición que nosotros para conocer la verdad –concluyeron los monjes.

Mientras se abrían camino entre las tiendas, Mejleptor comenzó a cantar misa a voz en grito; de tal modo que su presencia se conoció rápidamente por todo el campamento y llegó hasta Federico. Éste, una vez reunido todo su ejército, había levantado allí su pabellón real, rodeado de los dignatarios de su corte y de los reyes francos vasallos suyos. Interrumpido en sus preparativos, el emperador acogió esta noticia de muy mala gana.

– ¡*Prende animam meam illico, domine, quia de ea non habeo bisognam!* –suspiró levantando los ojos al cielo– Me pregunto ¿qué habrá podido hacerle salir al patriarca Mejleptor de su convento en estos tiempos difíciles?

– Oh, *babb*, si Dios quiere, su llegada es un buen augurio para los *Cristiani* –le respondieron sus consejeros–. Deberías ordenar que fueran a recibirle y lo condujeran hasta aquí.

De modo que fueron a su encuentro y le dieron la bienvenida con grandes honores, pues era un monje de muy alto rango y gozaba de un inmenso prestigio entre ellos. Cuando entró en el pabellón real, Federico se levantó para recibirle y besarle la mano; luego, le invitó a sentarse a su lado y le ofreció unos refrescos.

– ¡Tu llegada es una bendición para nosotros, *abbone!* –exclamó el *babb*– ¿Qué motivo te ha empujado a concederme, y a conceder a mi reino, el gran honor de tu visita?

– ¡Nuestro Señor Jesucristo ha sido quien me ha guiado hasta aquí! –replicó el viejo monje– Pero, anda, cuéntame un poco ¿por qué has reunido todo este ejército?

– *Abbone*, me he propuesto atacar al *rey* de los musulmanes.

– Y eso ¿por qué? ¿es que te ha hecho algo?

– Pues sí, *abbone*, resulta que las mujeres y los visires de los reyes tal y tal (y le dio el nombre de los siete reyes en cuestión), así como la mujer y la hija de Yauán, han venido a quejarse de la tiranía del *rey*, que ha arrasado los reinos de la Costa y arrojado a la mazmorra a sus reyes, junto a Yauán y a su fámulo, y ha reducido a la nada a los *Cristiani*.

¹ Cinturón ancho de seda, que tradicionalmente llevaban los cristianos de Oriente. En el lenguaje de los frailes que campan a lo largo del “Baïbars”, la expresión “romper el *shinyâr* y cortar el *zonnâr*” es más o menos equivalente a “excomulgar” o a “destronar”.

Así que yo solo he cumplido con mi deber al concederles mi protección, y defender a los que comparten mi fe.

– Bonito discurso –aprobó Mejeptor–. En efecto, tienes la obligación de proteger a la gente de tu religión. Pero dime, ¿cuando el rey capturó a esos reyes en cuestión, fue él quien les atacó primero, mientras vivían en paz en el interior de sus fronteras; o bien fueron ellos los que comenzaron las hostilidades? No deberías haber investigado sobre este asunto, para distinguir al culpable de la víctima?

– ¡Pero si eso es lo que he hecho, *abbone!* Yo he preguntado a los visires, que me han confirmado que el *rey* de los musulmanes había sido el agresor.

– ¿Y tú les has creído todo lo que te han dicho a pies juntillas? –se extrañó Shîha– ¿Acaso no sabes que el que denuncia siempre presenta su demanda de la manera que le sea más favorable? ¿No habría sido mejor que te informaras más ampliamente; por ejemplo, enviando una misión a los países limítrofes con las tierras del *rey*, y así llegar hasta el fondo del asunto? De ese modo, y cuando hubieras conocido de primera mano todos los hechos, habrías podido actuar con conocimiento de causa.

– ¡Escucha, yo ya sé todo lo que hay que saber! –replicó el emperador, molesto por la insistencia de su interlocutor.

– ¡Tú no sabes nada de nada, *marfús!* –rugió de pronto Mejeptor, agarrándole de los bigotes– ¡Pobre imbécil! ¡Yo me pregunto cómo puedes reinar este vasto imperio y mandar sobre tantos reyes, con tan poco cerebro!

Y sin soltarle el mostacho, Mejeptor cogió una de sus babuchas y comenzó a sacudirle golpe tras golpe en la cabeza.

– ¡Te juro por mi religión que te voy a romper tu *shinyâr* y ha rajarte el *zonnâr!*

– ¡Ay, ay, uy, uy! –suplicaba el emperador– ¡Piedad, *abbone!* ¡Clemencia, te lo suplico, perdóname! ¡Es verdad, he obrado mal, pero recuerda que el perdón es señal de un alma generosa!

Pero el viejo monje no le soltó antes de haberle propinado una buena tunda.

– Pero bueno, ¿qué es lo que quieres? –gimoteó Federico.

– ¡Tú me vas a dispersar ahora mismo a todo ese ejército y a devolverlo a sus países de origen! ¡Y de ahora en adelante te vas a quedar tranquilito!

– *Abbone*, estoy a tus órdenes; se hará lo que tu quieras.

Inmediatamente, Federico dio las órdenes oportunas: dos horas más tarde, los diferentes regimientos estaban preparados para marcharse. Los reyes vasallos vinieron a despedirse de su emperador, y luego, toda aquella muchedumbre se dispersó, y, allí donde se había alzado el campamento, solo quedaba una planicie desierta.

– *Abbone*, tú lo sabes de sobra, que mi único deseo es agradarte –continuó Federico cuando se hallaron solos–. Habría bastado con que me hubieras mandado un breve

mensaje de tu puño y letra, diciéndome: “*Figlione*, renuncia a tu expedición contra el país de los musulmanes”. No habría sido necesario que te tomaras la molestia de abandonar el apacible retiro de tu convento...

– ¡Y tú qué te crees, pobre necio! ¿Qué el *rey* ha dejado algún convento abierto? – estalló Mejeptor– ¡Por mi religión, los ha cerrado todos, y además ha jurado arrasarlos en cuanto viera aparecer a tu ejército por sus costas, y transformar el Santo Sepulcro en una fuente de abluciones para la mezquita de El-Aqsa! De hecho, si yo he venido hasta aquí, ha sido únicamente por compasión hacia tu persona: ¡si tú hubieras provocado la destrucción de los Santos Lugares, es muy probable que la tierra se habría abierto bajo tus pies y el mar se habría levantado para engullirte! Para abreviar, *figlione*, el *rey* de los musulmanes ha nacido bajo los auspicios de una buena estrella, y tú no habrías dado la talla para enfrentarte a él; pues has de saber que reina con justicia y no se mezcla en los asuntos de los demás. Y si quieres tener una prueba de su equidad, mira esta petición:

Entonces, Mejeptor sacó el pergamino de su bolsa y se lo tendió al emperador, que lo desenrolló y leyó lo siguiente, entre la cruz que marcaba el inicio y la otra, que señalaba el final.

“De los monjes y los patriarcas que residen en los territorios del rey de los musulmanes, al emperador Federico.

Babb, ponemos en tu conocimiento los siguientes hechos:

Mientras vivíamos apaciblemente bajo la protección del rey de los musulmanes, nos enteramos de que te preparabas para invadir su reino a causa de los reyes que él mantiene en su prisión, junto con Yauán y Bartacûsh.

Has de saber, babb, que el rey no ha cometido ninguna injusticia con ellos: todos esos reyes se han confesado culpables ante él de probada perfidia y falsedad, y le han atacado a traición, con pretextos tan fútiles como mentirosos. Pero el principal responsable es Yauán, ese maldito bastardo. Se trata de hechos que nosotros mismos hemos presenciado y atestiguamos.

De modo que, si rechazas hacer caso a nuestras advertencias, y si persistes en tus agresivos propósitos, ten por seguro que te derrotarán, y serás maldito por los padres de la Iglesia y por los santos, porque “jamás un agresor, fue vencedor”.

Saludos.”

El final de la misiva estaba cubierto de sellos y firmas de los demandantes, que, habían escrito su nombre por debajo: había una lista impresionante de monjes, clérigos, patriarcas y reyes. Después de haber leído y visto todo esto, Federico enrolló el papiro y se lo llevó a la frente y a los labios en señal de respeto; luego, besó la mano de Mejeptor efusivamente.

– ¡ De nuevo te pido perdón, *abbone!* –le imploró– Por mi religión, que solo la misericordia de Dios te ha podido conducir aquí. Te ruego que te instales en mi palacio y

honres esta ciudad con tu presencia: convocaré a mi Consejo, y veremos juntos las medidas que debemos tomar para obtener la liberación de los reyes y volver a abrir los lugares de culto. Naturalmente, sobre todo tendremos en cuenta tu opinión.

– ¡Bono! –respondió el monje.

Federico y Mejeptor montaron en sus respectivas cabalgaduras, imitados por los grandes del reino; tras ellos, se formó el cortejo con su tropa, e hicieron su entrada solemne en Roma, la madre de todas las ciudades, entre el alborozo y el júbilo de sus ciudadanos.



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:

IX.24 ~ “El embajador de Federico”